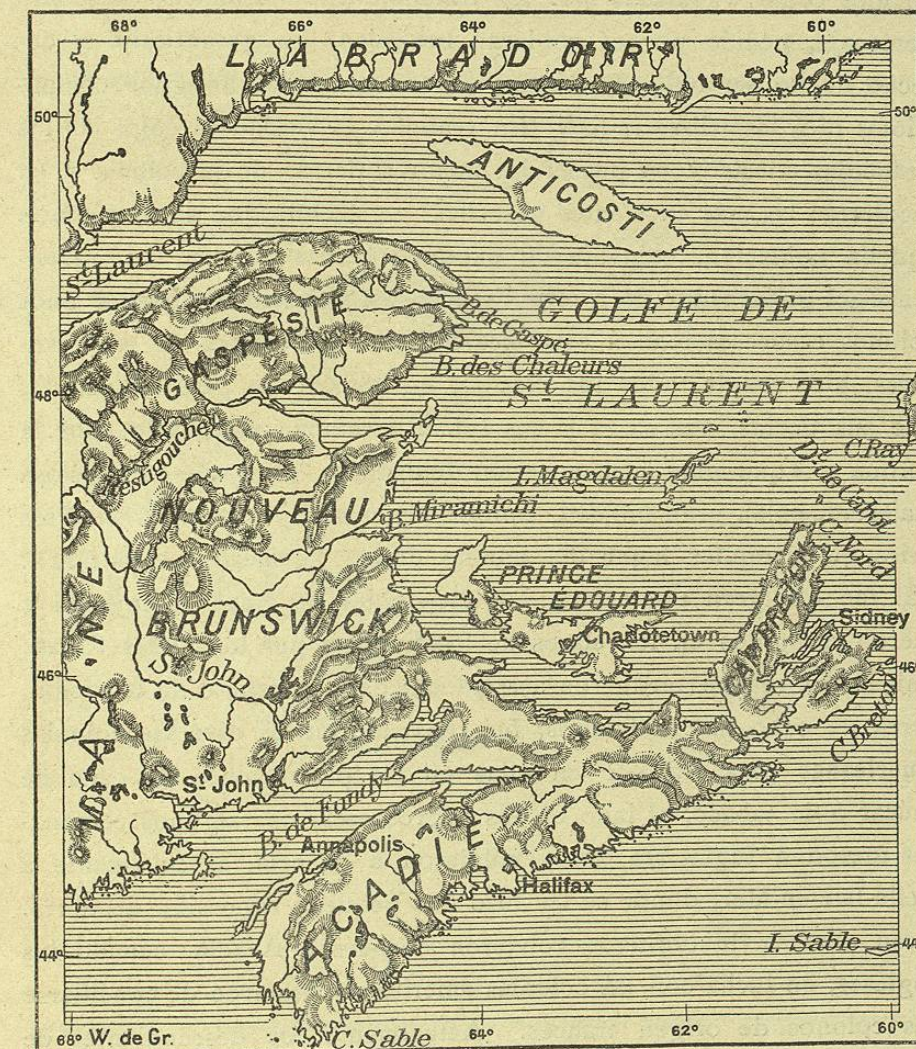


medirse con el Gran Mongol, cuyos palacios eran más ricos aún. La batalla de Bagsar (1764) estableció definitivamente la potencia británica representada por la compañía. «Somos dueños del Aoudh, escribía Clive, y mañana podremos apoderarnos, si lo deseamos, del imperio del Gran Mongol». Los conquistadores no tuvieron necesidad de apresurarse. El inmenso territorio de la India, desde los altos valles del Himalaya hasta el promontorio de Comorín, cayó gradualmente en sus manos por fragmentos de diferentes dimensiones, y si la obra de anexión halló obstáculos imprevistos, á lo menos el añejo poder de los príncipes que reinaban en Delhi no la dificultó en lo más mínimo: al contrario, los Ingleses se sirvieron del nombre del Emperador para reemplazar poco á poco su poder por el suyo. Todavía en nuestros días, después de más de un siglo de dominación, Inglaterra, heredera de la compañía, gobierna sus posesiones de la India, no según los usos británicos, sino mucho más en conformidad con los métodos persas que prevalecían bajo el emperador Akhbar. Como lo exige la ley común de la historia, los Ingleses, débil grupo perdido en un mar de hombres extranjeros, fueron mucho más conquistados que conquistadores: el trabajo de egalización de las razas, que se efectúa al contacto de los diferentes pueblos, ha comenzado en el país de las castas por la constitución de una casta británica no menos rígida y cerrada que la de los brahmanes. El Oriente domina todavía al Occidente.

En el Nuevo Mundo, el conflicto entre Inglaterra y Francia por la expansión del imperio colonial tuvo el mismo resultado que en Asia. Ya á principios del siglo, 1713, el tratado de Utrecht había favorecido á los Ingleses, transfiriéndoles las posesiones de Francia sobre el contorno del continente americano, desde la bahía de Fundy hasta el mar de Hudson. Casi todas aquellas comarcas no tenían todavía más que su escasa población indígena; sin embargo, la pequeña península de Acadia — hoy Nueva Escocia —, que recibió durante el siglo precedente algunos inmigrantes franceses, casi todos originarios de Normandía y del Perche, constituía en 1713 una colonia de 2,100 individuos. Los conquistadores ingleses instalaron su guarnición en la plaza de Port-Royal, convertida en Annapolis,

mientras que los campesinos franceses que habían permanecido en sus heredades, continuaban prosperando en paz: á la mitad del siglo

N.º 415. Desembocadura del San Lorenzo.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

eran más de 14,000, se habían sextuplicado en cuarenta años sin el socorro de ninguna inmigración de Europa ¹.

Los Ingleses se sobresaltaron de ese aumento rápido de colonos

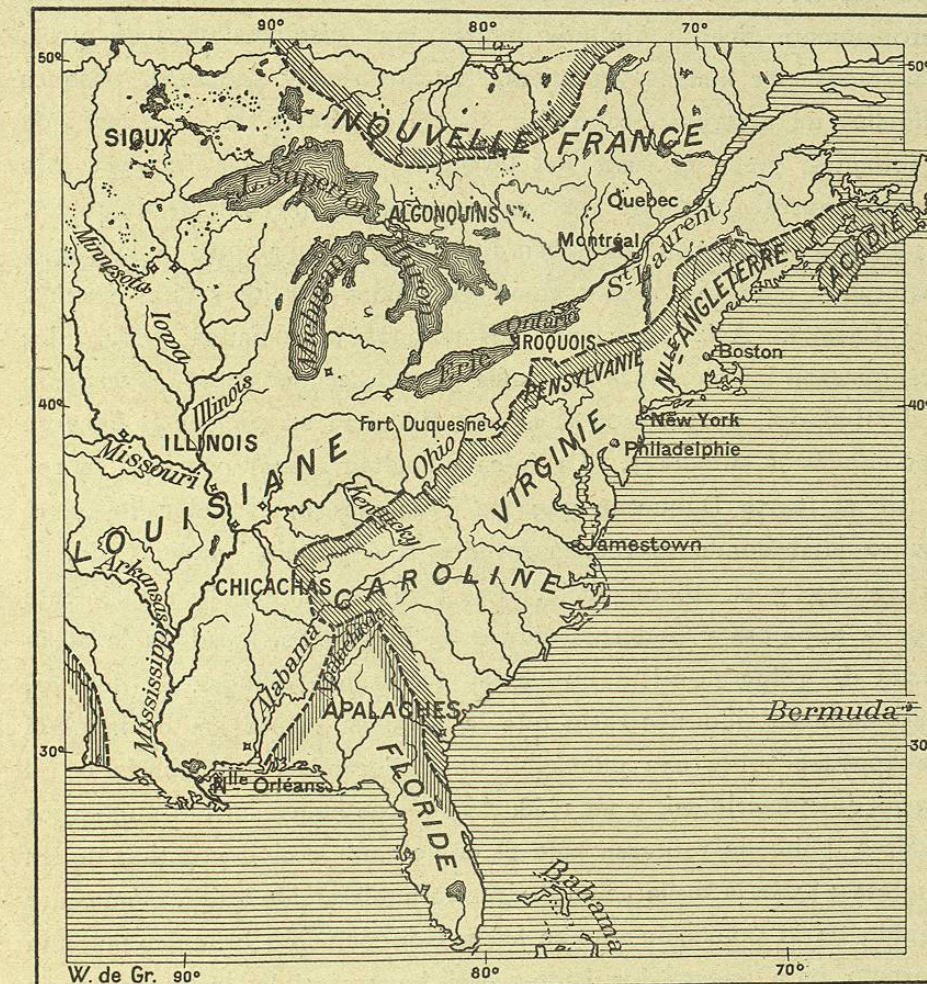
¹ Rameau de Saint-Père, *Une colonie féodale en Amérique*, tomo I, p. 12.

extranjeros por su origen, que hablaban una lengua y profesaban una religión diferentes de las suyas. El peligro les pareció tanto más inminente cuanto que esos católicos franceses habían sido reconocidos como «neutros» por los tratados, y el juramento de pleito homenaje, pedido por el gobierno británico, les garantizaba el derecho de no ser obligados jamás á combatir á sus antiguos compatriotas ni á las tribus indias. En realidad, la verdadera culpa de los Franceses consistía en poseer las mejores tierras de la colonia y en recolectar las más excelentes cosechas: se decidió que se desplazaría aquella población, culpable de excesivo bienestar. En 1755, Laurence, el gobernador de Nueva Escocia, así denominada porque unos colonos escoceses iban á establecerse sobre los campos de los Franceses, hizo reunir todos los Acadios en las iglesias para anunciarles que sus tierras, sus casas y sus rebaños estaban confiscados por la corona y «que ellos mismos serían deportados, pero que su graciosa majestad, en su gran bondad, contaba tener siempre en ellos súbditos fieles en cualquier lugar del mundo donde la suerte les lanzara». Tal fué «el gran trastorno»: algunos miles de Acadios huyeron y fueron recogidos en los claros de los bosques por los Pielas Rojas; quienes les resistieron fueron asesinados; pero el grueso de la nación, cerca de ocho mil individuos, fué repartido en las diversas colonias americanas para trabajar en ellas en las plantaciones de caña de azúcar ó de tabaco, al lado de los negros esclavos: algunos centenares fueron á Inglaterra, otros volvieron á Francia, especialmente á Belle-Isle-en-Mer, donde se les hizo una pequeña concesión de tierra. Gran número de fugitivos volvieron después á Acadia, cuando los Ingleses, en lucha con las colonias americanas, trataron de conciliarse los colonos de origen francés. Actualmente los descendientes de los Acadios son allí lo menos diez veces más numerosos que á la víspera del «gran trastorno»; pero no forman ya grupo homogéneo desde el punto de vista etnológico y se mezclan de diversos modos á los elementos escoceses, ingleses, irlandeses, escandinavos y alemanes. El poema *Evangelina*, en que Longfellow refiere las abominaciones del destierro, ha llegado á ser clásico para los hijos de los colonos que despojaron á los desgraciados Acadios.

La pérdida de la Acadia y de las tierras próximas situadas de-

lante del estuario del San Lorenzo había de dificultar mucho las comunicaciones de Francia con las colonias canadienses que bordean

N.º 416. El Nuevo Mundo en 1740.



1: 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

Los Franceses cedieron la Acadia á Inglaterra en 1714; luego la compañía del Hudson los empujó al Norte; por último, en 1763, hubieron de abandonar el resto de su territorio, excepto la Luisiana. Los Ingleses ocuparon el país al Este del Mississippi, mientras que los Españoles cambiaron la Florida por la orilla derecha del río.

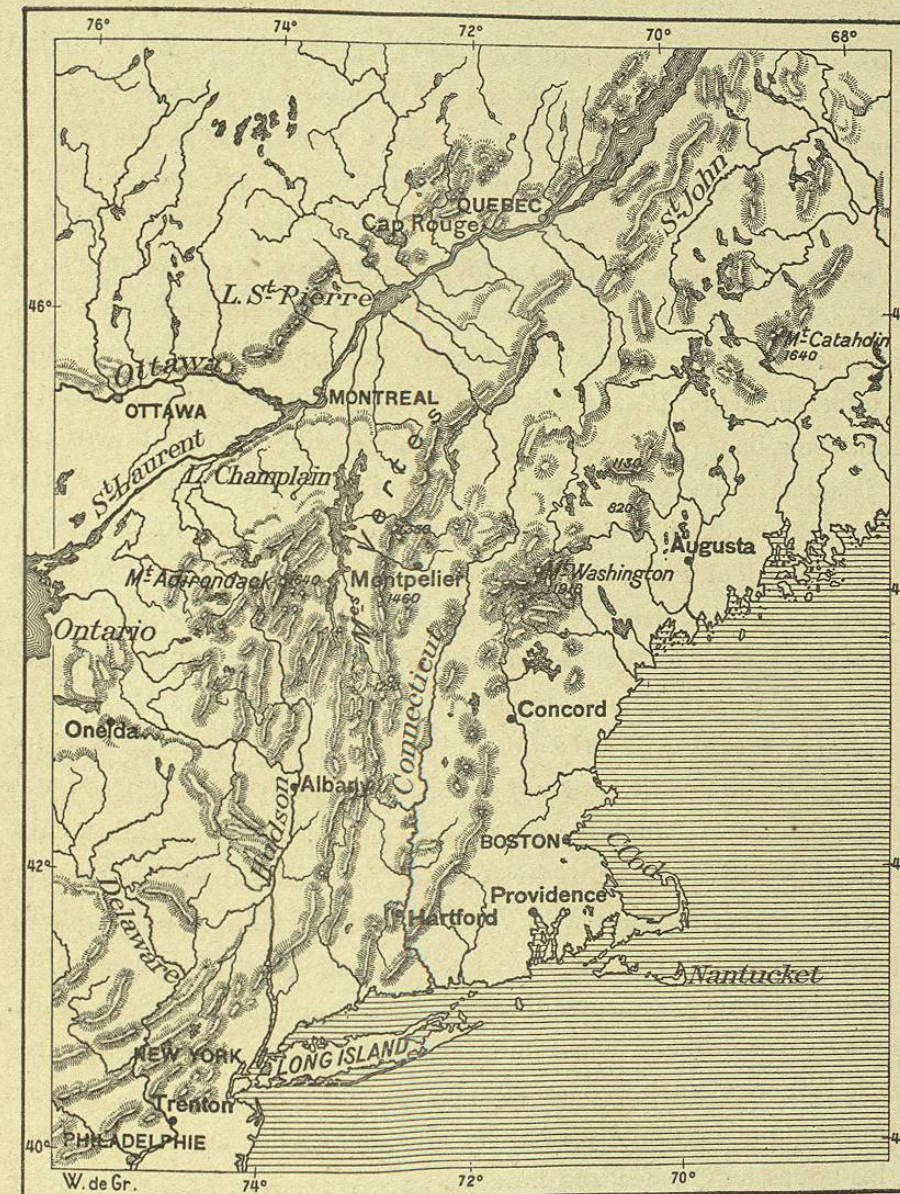
la parte superior de las dos orillas del río. El semicírculo de las posesiones francesas que se desplegaba alrededor de las colonias británicas, desde la desembocadura del San Lorenzo á las bocas del

Mississippi, se hallaba roto en su punto de partida. Además, ese círculo de acordonamiento era en gran parte ficticio: el gran hemisferio de Nueva Francia, en su formidable desarrollo de 2,500 kilómetros, no tenía más que una ilusoria realidad fuera del Canadá propiamente dicho. Algunos lugares, muy distantes unos de otros, separados por inmensas praderas, anchos ríos y pantanos, bosques difíciles de atravesar, contenían un corto número de centenares de habitantes, y, en el resto del territorio, la influencia francesa sólo estaba representada por escasos «viajeros» ó mercaderes de pieles, casi todos mestizos que hablaban apenas algunas palabras de la lengua paterna y eran reprobados como criminales por los padres jesuitas del Canadá. Así, en cuanto los colonos bostonianos y virginios franquearon las montañas limítrofes para descender sobre la vertiente del Mississippi, no tuvieron la menor dificultad en romper la línea de los supuestos sitiadores. La única dificultad militar consistió en reducir el fuerte Duquesne que los Franceses habían elevado en el punto vital donde se reúnen los dos ríos principales del Ohio, el Allegheny y el Monongahela. Ese fortín, reemplazado actualmente por la populosa y poderosa ciudad de Pittsburgh, atestigua la seguridad de golpe de vista que había indicado ese lugar de defensa, pero hubiese sido necesario que la pequeña guarnición de la plaza se apoyase sobre una población de inmigrantes: permanecía en el vacío, por decirlo así, y en 1758, después de haber sufrido numerosos asaltos, hubo de retirarse bajo el doble empuje civil y militar de los Ingleses; hasta la declaración de guerra hubiera sido inútil, el aumento rápido de la población que se hacía bajo pabellón británico hubiera bastado para anegar los islotes casi imperceptibles de procedencia francesa diseminados á grandes distancias sobre la vertiente del Mississippi. Si esos pequeños grupos no hubieran representado simbólicamente la nación enemiga que, durante siglos, había sostenido contra sus abuelos una lucha hereditaria, los Ingleses hubiesen podido considerarles como cantidad inapreciable.

Pero había los Indios: los colonos franceses del San Lorenzo y del lago Champlain, aunque poco numerosos en comparación de los Ingleses del litoral atlántico, estaban, no obstante, bien arraigados en aquellas regiones del tras-país para impedir la extensión y la

inmigración británica en la dirección del Norte y del Noroeste; además estaban aliados á tribus indias que les servían de vanguardia en

N.º 417. Bostonia y Canadá.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

la guerra casi incesante de las fronteras. Los «Bostonianos», como se llamaban entonces los blancos de la Nueva Inglaterra actual, se